Relatos de viajes
EXTRAORDINARIOS



Ministerio de Educación

Buenos Aires Ciudad

Relatos de viajes
EXTRAORDINARIOS

Jefe de Gobierno
Jorge Macri

Ministra de Educación
Mercedes Miguel

Jefa de Gabinete
Lorena Aguirregomezcorta

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje
Ines Cruzalegui

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Ignacio José Curti

Subsecretario de Tecnología Educativa
Ignacio Manuel Sanguinetti

Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa
Samanta Bonelli

Directora General de Educación de Gestión Estatal
Nancy Sorfo

Directora General de Educación de Gestión Privada
Nora Lima

Relatos de viajes extraordinarios

Edición: Ramón Paez
Diseño de tapa: Silvana Carretero, María Laura Raptis
Diseño y diagramación: Silvana Carretero
Ilustraciones de "Gulliver" y de "De la Tierra a la Luna": Tania De Cristoforis
Ilustración de "La segunda ascensión del Barón Münchhausen a la Luna": Gustave Dore
Corrección: Sebastián Vargas

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Relatos de viajes extraordinarios. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-818-144-8

1. Antología Literaria. 2. Educación Primaria. I. Título
CDD A860

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2025. Carlos H. Perette 750 – C1063 – Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

© Copyright © 2025 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Este libro pertenece a:

Índice

Presentación..... 7

Los viajes de Gulliver: viaje a Brobdingnag..... 9
De Jonathan Swift (adaptación de Jimena Dib).

La segunda ascensión del Barón Münchhausen a la Luna 24
De Rudolf Raspe y Gottfried Bürger (adaptación de Jimena Dib).

De la Tierra a la Luna..... 29
De Julio Verne (fragmentos adaptados por Jimena Dib).

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.

Presentación

Los viajes siempre han sido la gran excusa para contar una historia. Más todavía, si se trata de travesías increíbles hacia destinos fuera de lo común. En los relatos de este libro, intrépidos navegantes y viajeros se atreven a llegar más allá de la imaginación y de esa manera abren la posibilidad de asombro y despiertan la fantasía.

¿Quién sabe hasta dónde puede llegar la humanidad en su incesante búsqueda de nuevas fronteras? Desde hace muchos siglos, los escritores se han hecho esta pregunta y la han respondido de maneras muy diversas.

Entre 1726 y 1735, Jonathan Swift escribe *Los viajes de Gulliver*, lleno de travesías increíbles, como la versión de las aventuras de Gulliver en la tierra de Brobdingnag, que aparece en este libro.

En 1786, los escritores Rudolf Raspe y Gottfried Bürger publican *Las aventuras del Barón Münchhausen*, de las cuales se cuenta en este libro su segundo viaje a la Luna. Aunque parezca difícil de creer, a diferencia de Gulliver, el Barón Münchhausen fue un personaje real de

la época, conocido por sus exageraciones y fanfarronadas. ¿Será cierto que visitó la Luna en dos ocasiones y que encontró en ella todo lo que cuenta?

Finalmente, el libro cierra su repertorio de viajes con el despegue fabuloso de un proyectil dirigido a la Luna. Si el Barón Münchhausen fue a la Luna o no, nunca lo sabremos... salvo que los tripulantes de la nave de la novela de Julio Verne *De la Tierra a la Luna* (1865) puedan constatar lo que contaba Münchhausen cuando lleguen a su destino.

Este es un recorrido por algunas obras clásicas de la literatura de viajes y son una muestra de cómo cualquier persona puede, por efectos de un viaje y de la lectura, encontrarse ante situaciones extraordinarias que merecen ser contadas y compartidas por todos, sin importar el paso del tiempo.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Los viajes de Gulliver: viaje a Brobdingnag

Lemuel Gulliver, intrépido navegante, supo desde muy joven que estaba destinado a las largas travesías. En este fragmento se cuenta su relato de un viaje extraordinario.

La llegada de Gulliver

Mi nombre es Lemuel Gulliver, y nunca he podido resistirme a la llamada de la aventura. Después de vivir la increíble experiencia en Liliput, un país donde los habitantes eran tan pequeños que yo parecía un gigante, regresé a casa pensando que mi vida de viajes había terminado. Pero el mar siempre ha sido mi hogar, y mi naturaleza inquieta me llevó a embarcarme nuevamente en el *Adventure*, un barco que zarpaba hacia Surat, en la India.

Todo marchaba bien hasta que una violenta tormenta nos desvió de nuestro rumbo. Después de días de lucha contra el viento y las olas, vimos tierra y decidimos enviar una lancha para explorar y buscar agua. Me ofrecí voluntario para acompañar a los marineros en esta misión, deseoso de descubrir algo nuevo.

Al desembarcar en una playa tranquila, comencé a caminar solo, explorando el terreno. No había rastros de

personas ni fuentes de agua. Estaba cansado y a punto de regresar cuando vi una escena aterradora. Nuestros marineros remaban desesperadamente hacia el barco, y detrás de ellos, una figura gigantesca los perseguía a través del agua. A pesar de su tamaño, la criatura no pudo alcanzarlos, pero el miedo me invadió, y hui rápidamente hacia el interior de la isla.

A medida que avanzaba, descubrí algo aún más sorprendente. Las plantas eran enormes: la hierba en los campos medía más de veinte metros de altura, y lo que parecía trigo o cebada se elevaba como un bosque sobre mi cabeza. Me sentí diminuto, casi como un insecto en medio de una selva gigantesca. Me preguntaba si había caído en una tierra como Liliput, donde yo era un gigante, pero al revés.

Mientras pensaba en mi situación, vi algo que me heló la sangre. Un hombre gigantesco, tan alto como una torre, caminaba hacia mí. Me escondí entre las plantas, temblando de miedo, pero no pude ocultarme por mucho tiempo. El gigante se acercaba, y detrás de él vinieron más trabajadores, todos armados con hoces enormes que parecían espadas gigantes. Su tarea era segar el campo en el que yo me encontraba.

Intenté avanzar para escapar, pero las plantas eran demasiado densas, y estaba atrapado. Sentí que pronto me aplastarían sin darse cuenta de que estaba allí. La desesperación me invadió, y en un último intento por salvarme, grité con todas mis fuerzas. El gigante más cercano se detuvo, sorprendido por el sonido, y me vio. Bajó la mirada y, con cuidado, me recogió entre sus dedos como si fuera una curiosidad diminuta.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Me alzó cerca de su cara y, aunque estaba aterrorizado, traté de mantener la calma. Recordé que los liliputienses también me habían tratado como una maravilla, así que junté las manos en señal de súplica y pronuncié algunas palabras en un tono humilde.

—Por favor, no me hagas daño —dije, temiendo por mi vida.

El gigante me miró con curiosidad. Aunque no entendió mis palabras, pareció darse cuenta de mi miedo y, afortunadamente, no me aplastó. En cambio, me colocó cuidadosamente en el bolsillo de su abrigo y comenzó a caminar rápidamente hacia una casa cercana.

Cuando llegamos, me llevó ante un hombre que parecía ser su amo, otro gigante, aún más imponente. Este nuevo gigante me observó con interés. Usó una pajita del tamaño de un bastón para mover mi ropa, como si quisiera examinarme mejor. Se inclinó hacia sus trabajadores y, en una voz profunda que retumbaba en mis oídos, les preguntó algo que no pude entender.

El gigante me dejó en el suelo, de donde me levanté rápidamente y empecé a caminar para demostrar que era un ser racional. Aunque mis movimientos parecían insignificantes, hice una reverencia, me quité el sombrero y ofrecí una pequeña bolsa de oro como señal de respeto.

El gigante tomó la bolsa en su enorme mano, la acercó a su ojo y la examinó, pero parecía no comprender su valor. Después de unos momentos, me la devolvió con una expresión de indiferencia. Sin embargo, pareció convencido de que yo era algo más que un simple animal. Su voz retumbo nuevamente. Aunque no comprendía su idioma, parecía estar preguntándome quién era yo.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Le respondí en inglés, luego en francés y en español, esperando que alguno de esos idiomas le fuera comprensible, pero era inútil. Al final, entendí que nuestras lenguas eran completamente diferentes.

Pronto, la esposa del gigante llegó, y al verme dio un grito de sorpresa. Al principio, estaba asustada, pero después de que su esposo le mostró cómo me comportaba, comenzó a tratarme con más cuidado. Me ofrecieron comida: un pedazo de carne del tamaño de una rueda de carro y una copa de licor tan grande como un barril. Traté de comportarme educadamente, cortando pequeños trozos de comida con mi cuchillo y haciendo una reverencia después de cada bocado. Los gigantes se reían al ver mis gestos, y aunque el ruido de sus risas casi me dejaba sordo, me sentí aliviado de que no quisieran hacerme daño.

Después de comer, el hijo menor del gigante, un niño travieso, me tomó por las piernas y me levantó como si fuera un juguete. Aunque me dolió, no pude evitar recordar cómo los niños en Liliput me admiraban.

Pero aquí era al revés: yo era el pequeño, y ellos los gigantes. Afortunadamente, el padre intervino y reprendió al niño, liberándome de su agarre.

Esa noche, después de tantas emociones, me sentí agotado. La esposa del gigante me llevó a su lecho, cubriéndome con un pañuelo que para mí era más grande que una vela de barco. Mientras me dormía, no podía dejar de pensar en lo pequeña que era mi vida comparada con la de estos gigantes, y me preguntaba qué otras aventuras me esperarían en esta tierra, que luego de aprender su idioma supe que se llamaba Brobdingnag.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Después de tantas emociones y cansancio, finalmente me quedé dormido. Soñé que estaba en casa, con mi esposa y mis hijos, y por un momento me sentí tranquilo. Pero al despertar, me encontré en un lugar muy diferente. Estaba solo en una habitación gigantesca, que medía entre sesenta y noventa metros de ancho y más de sesenta metros de alto. La cama en la que yacía era enorme, de unos dieciocho metros de ancho. Mi ama, la mujer gigante que me cuidaba, se había ido a hacer sus tareas y me había dejado solo, encerrado.

Estaba aún medio dormido cuando algo terrible sucedió. Dos enormes ratas comenzaron a trepar por las cortinas de la cama. Estos animales no eran como las ratas que conocía, eran del tamaño de perros grandes y se movían rápidamente. Las vi correr por encima de la cama, olfateando en todas direcciones. Una de ellas se acercó tanto a mi cara que me asusté muchísimo. Rápidamente saqué mi pequeña espada, decidido a defenderme.

Las ratas eran rápidas y feroces. Una de ellas me atacó, y sentí su pata en mi cuello, pero, por suerte, logré darle un golpe con mi espada y herirla en el vientre. Cayó a mis pies, muerta. La otra, al ver lo que había sucedido, intentó escapar. Le di un corte en el lomo mientras huía, dejando un rastro de sangre en la cama. Después de este enfrentamiento, me quedé de pie, jadeando por el esfuerzo, mientras intentaba calmarme. Estas horribles criaturas podrían haberme matado, si no hubiera estado armado.

Miré el cuerpo de la rata muerta. ¡Era enorme! Medía más de dos metros de largo. No tuve el valor de

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.



moverla, y dejé que el cuerpo ensangrentado yaciera en la cama.

Poco después, mi ama volvió a la habitación. Cuando me vio cubierto de sangre, corrió hacia mí, levantándome con cuidado en su mano. Le señalé la rata muerta, sonriendo para mostrarle que no estaba herido. Al ver que estaba bien, se sintió aliviada. Llamó a la criada, quien usó unas enormes tenazas para sacar el cuerpo de la rata de la habitación y tirarlo por la ventana.

Después de todo esto, mi ama me colocó en una mesa. Le mostré mi espada, aún manchada de sangre, y la limpié con mi abrigo antes de guardarla nuevamente en su funda.

Esa fue mi primera noche en Brobdingnag y también la primera de mis aventuras. Días más tarde los dueños de casa me llevaron ante el rey y la reina del país y con ellos puede recorrer esa tierra en toda su extensión.

Descripción del país de Brobdingnag

Ahora quiero contarles un poco más sobre el país de Brobdingnag, donde viví muchas aventuras. Durante mi tiempo allí, viajé por algunas partes del reino, pero nunca muy lejos de la ciudad principal, Lorbrulgrud, porque estaba al servicio de la reina. Siempre me llevaba con ella cuando acompañaba al rey en sus viajes, aunque nunca íbamos más allá de los alrededores de la ciudad. El país es realmente grande, con miles de kilómetros de largo y ancho. Esto me hizo pensar que los mapas que usamos en Europa están equivocados, porque los cartógrafos (las personas que hacen mapas) no

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.

saben que existe esta enorme tierra en el noroeste de América.

Brobdingnag es una península rodeada por montañas enormes al norte y por el mar en los otros tres lados. Las montañas son tan altas que nadie puede cruzarlas, y en las cimas hay volcanes que siempre están en erupción. Nadie sabe qué hay más allá de esas montañas, ni siquiera los habitantes más sabios de Brobdingnag. En cuanto al mar, aunque está por todos lados, no hay puertos, y la costa está llena de rocas afiladas, lo que hace que sea muy peligroso navegar. Por eso, los habitantes de Brobdingnag no tienen contacto con otros países. Aun así, sus ríos están llenos de barcos, y hay mucha pesca. Lo curioso es que ellos no pescan en el mar, porque los peces son del mismo tamaño que los de Europa, así que no les interesan. Pero de vez en cuando, una ballena se estrella contra las rocas, y la gente la come con mucho gusto. Algunas ballenas son tan grandes que solo un hombre muy fuerte puede transportar una costilla. He visto una en la mesa del rey, pero a él no le pareció muy especial.

El país está lleno de ciudades y aldeas. Hay más de cincuenta ciudades y muchas aldeas amuralladas. La ciudad principal, Lorbrulgrud, es enorme, con más de seiscientos mil habitantes y más de cincuenta mil casas. Mide unos ochenta y cinco kilómetros de largo y cuarenta kilómetros de ancho. La ciudad está dividida por un río, y yo pude recorrerla en varias ocasiones gracias a un mapa gigante que el rey mandó hacer. A veces, la reina me llevaba en un coche especial junto con mi pequeña amiga Glumdalclitch. Yo iba dentro de una caja para estar

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

seguro, pero ella me sacaba a menudo para que pudiera ver mejor las casas y la gente, que eran gigantes comparados conmigo.

El palacio del rey es otra cosa impresionante. No es un edificio único, sino un grupo de edificios que juntos cubren más de once kilómetros. Las habitaciones principales son enormes, de más de setenta metros de altura. En nuestros paseos, Glumdalclitch me sacaba para que pudiera observar todo desde su mano, mientras nos llevaban en una silla especial por las calles de la ciudad.

Un día, fuimos a ver el templo más importante del reino, que tenía la torre más alta del país. Sin embargo, me sentí algo decepcionado, porque aunque la torre era muy alta, no era tan sorprendente comparada con las construcciones europeas. Eso sí, los detalles del templo eran hermosos: las paredes estaban decoradas con estatuas de dioses y emperadores, todas hechas de mármol y mucho más grandes que cualquier estatua que haya visto en Europa.

También visité la cocina del rey, que era impresionante. El techo tenía casi doscientos metros de alto, y el horno era enorme, aunque no tan grande como algunas cúpulas de iglesias en mi país. Pero lo más sorprendente eran los enormes asadores, las parrillas y las enormes ollas donde cocinaban la comida.

Aunque vivía dentro de una caja, la reina encargó que me hicieran una versión más pequeña para los viajes. Esta caja era como una pequeña habitación con ventanas, y la usaba cuando viajábamos a caballo o en coche. De esta manera, podía ver todo el paisaje

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



a través de las ventanas mientras recorríamos el país.

Hubiera vivido bastante feliz en aquella tierra si mi pequeñez no me hubiese expuesto a diversos accidentes molestos y ridículos, algunos de los cuales conté en mis aventuras.

La vuelta de Gulliver

Después de tanto tiempo en el extraño país de los gigantes, no podía dejar de anhelar mi hogar en Inglaterra. Había vivido aventuras increíbles, pero la soledad y el deseo de libertad me pesaban en el corazón.

Un día, mientras viajaba con el rey y la reina en mi caja de viaje, una idea de escape comenzó a tomar forma en mi mente.

El rey decidió que haríamos un viaje a la costa sur del reino, y yo, como siempre, fui llevado en mi caja. Miré por la ventana y vi el vasto mar, que representaba mi única esperanza de salir de aquel lugar. No podía dejar de pensar en cómo escaparme. “Si solo pudiera encontrar una manera de salir de aquí”, pensé. Mi corazón latía con fuerza al imaginar la libertad.

Cuando llegamos a la costa, me sentía un poco enfermo. Fingí estar más enfermo de lo que realmente estaba y le pedí a Glumdalclitch, mi querida cuidadora, que me dejara tomar el aire fresco. Ella me miró con preocupación y dijo:

— ¡Oh, Gulliver! Ten cuidado, no quiero perderte.

Con un suspiro, me concedió permiso, pero sus ojos mostraban una tristeza que me conmovía. Un joven sirviente me llevó a la playa, y al asomarme por la

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

ventana, el mar me llenó de esperanza.

—Este es el lugar donde podría encontrar mi libertad —murmuré para mí mismo. Pero mientras estaba allí, me sentí más enfermo y decidí descansar en mi hamaca. Cerré los ojos y pronto caí en un profundo sueño.

Fue entonces cuando sentí un violento tirón.

—¡¿Qué está pasando?! —grité, aterrorizado.

Me desperté y vi que una enorme águila había atrapado mi caja con su pico. "¡Oh no! ¡Voy a caer al mar!", pensé. Mi corazón se aceleraba al imaginarme estrellándome contra las rocas. La caja se alzó en el aire, balanceándose como una hoja en el viento. Grité tan fuerte como pude:

—¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdenme!

El aire se volvió frío, y de repente, la caja cayó. La caída fue aterradora, y al golpear el agua, el impacto fue brutal. "¿Estoy muerto?", pensé, mientras la oscuridad me envolvía. Sin embargo, para mi sorpresa, mi caja flotaba. "¡Estoy vivo!", me dije, sintiendo un rayo de esperanza en medio del miedo.

Pasaron horas y la angustia me consumía. Miré por las ventanas y solo vi agua y cielo. "¿Qué pasará conmigo ahora?", me pregunté. En ese momento, decidí que no me rendiría. Tomé mi pañuelo y lo até a un bastón, levantándolo por el agujero de la caja.

—¡Ayuda! ¡Estoy aquí! ¡Soy un hombre atrapado en una caja! —grité con todas mis fuerzas.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, sentí un movimiento. "¿Qué es eso?", pensé, sintiendo un tirón en mi caja.

De repente, escuché voces.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—¿Hay alguien allí dentro? —preguntó una voz en inglés.

—¡Sí! ¡Soy un pobre inglés en apuros! —respondí, con la voz llena de emoción.

Después de algunos momentos, el carpintero del barco abrió un agujero en mi caja. Cuando finalmente salí, me encontré rodeado de hombres de estatura normal que me miraban con asombro.

—¡Me llamo Gulliver! ¡He vivido aventuras extraordinarias! —les dije, sintiendo una mezcla de alivio y confusión.

El capitán, el Sr. Thomas Wilcocks, me observó con curiosidad.

—¿De dónde vienes? ¡Estamos muy lejos de cualquier tierra conocida! —me dijo.

—He visto cosas increíbles, capitán. Estuve en un país donde era un gigante y en otro donde toda la gente era más grande que yo —le conté, mientras la tripulación me miraba con ojos desorbitados.

Durante el viaje de regreso a Inglaterra, el capitán me preguntó sobre mis extrañas experiencias. Le mostré los objetos que había traído: un peine hecho de la barba del rey y un anillo que la reina me había regalado.

—¡Esto es asombroso! —exclamó el capitán—. Deberías contar tu historia al mundo.

Finalmente, después de meses en el mar, llegamos a Inglaterra. Al desembarcar, todo me parecía más pequeño. Las casas, los árboles, y hasta las personas se veían diminutas.

—¡Cuidado! ¡No quiero pisar a nadie! —grité, recordando mi tiempo entre los gigantes.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Al llegar a casa, un criado abrió la puerta. Cuando vi a mi esposa y a mi hija, me agaché, pensando que si no lo hacía, no podrían abrazarme.

—Gulliver, ¡estás de vuelta! —dijo mi esposa, corriendo a darme un abrazo.

Pero yo no podía dejar de pensar que todo a mi alrededor parecía tan pequeño.

—¿Estás bien, Gulliver? Te ves extraño —dijo ella, con su voz llena de preocupación.

Con el tiempo, me adapté nuevamente a la vida en casa. Pero en mi corazón, sabía que mi espíritu aventurero nunca se apagaría. “Tal vez un día volveré al mar”, pensé, recordando mis emocionantes aventuras. Pero por ahora, estaba feliz de estar de vuelta con mi familia.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autotónoma de Buenos Aires.

La segunda ascensión del Barón Münchhausen a la Luna

Antes les hablé, señores, de mi viaje a la Luna, adonde fui en busca de mi hacha de plata. Más adelante tuve la oportunidad de volver a ella, pero de una manera mucho más agradable. Estuve en la Luna el tiempo suficiente como para hacer varias observaciones que voy a comunicarles con tanta exactitud como lo permita mi memoria.

Uno de mis parientes lejanos pensó que debería haber, en algún lugar, un pueblo similar al que dice haber encontrado Gulliver en Brobdingnag, y decidió partir en búsqueda de este pueblo, pidiéndome que lo acompañara.

Yo siempre consideré que la narración de Gulliver no era sino un cuento para niños y no creía más en la existencia de Brobdingnag que en la de El Dorado, pero como iba a ser heredero de este pariente, le debía al menos acompañarlo.

Llegamos finalmente al Mar del Sur sin haber encontrado nada digno de mención a no ser por un pueblo de hombres voladores que bailaban por los aires.

A los dieciocho días de haber pasado por Otaití, se desencadenó un huracán que arrebató nuestro barco cerca de mil leguas sobre el nivel del mar y nos mantuvo en esa posición durante mucho tiempo.

Finalmente, un viento favorable infló nuestras velas y nos condujo con extraordinaria velocidad.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Hacia seis semanas que viajábamos por encima de las nubes, cuando descubrimos una vasta tierra, redonda y brillante, parecida a una espléndida isla. Entramos en un excelente puerto, saltamos a tierra y vimos que el país estaba habitado. Alrededor nuestro había ciudades, montañas, lagos, ríos, de tal modo que pensábamos que habíamos vuelto a la Tierra.

En la Luna, porque la Luna era la isla resplandeciente a la que acabábamos de arribar, vimos grandes seres montados en buitres de tres cabezas. Para que tengan una idea de las dimensiones de esos pájaros, solo voy a decirles que la distancia entre una a otra de sus alas era mayor que los mástiles de nuestras naves más grandes. En vez de andar a caballo como nosotros, los míseros habitantes de la Tierra, estos seres de la Luna cabalgan en estas aves enormes.

Cuando llegamos nosotros, el rey de aquel país estaba en guerra con el Sol y me ofreció un puesto de oficial en su ejército, pero yo no le acepté a Su Majestad ese honor.

Todo en aquel mundo es extraordinariamente grande: una mosca ordinaria, por ejemplo, es casi del tamaño de un carnero de los nuestros. Las armas usuales de los habitantes de la Luna son rábanos silvestres que manejan como jabalinas y causan la muerte a los que alcanzan. Cuando ya pasó la estación de los rábanos, usan los espárragos con el mismo éxito.

Vi asimismo en aquel país algunos naturales de la estrella Sirio que habían ido allá por negocios particulares. Tienen cabezas de perros dogos y los ojos en la punta de la nariz. No tienen párpados y cuando quieren

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

dormir se tapan los ojos con la lengua. Su estatura promedio es de más de seis metros; la de los habitantes de la Luna nunca baja de diez.

Los habitantes de la Luna llevan el nombre de seres cocedores. Se los llama así porque preparan la comida con fuego, al igual que nosotros, pero no pierden tiempo masticando. Para comer, abren una ventana que tienen en el costado izquierdo, introducen el alimento en el estómago y luego la cierran. Un mes después, repiten la operación. Por lo que solo hacen doce comidas en todo el año.

En la Luna, todos nacen de árboles que no se distinguen unos de otros. Poseen ramas rectas y hojas color *beige* pálido y sus frutos son como una nuez de cáscara durísima y de casi dos metros de longitud por lo menos. Cuando se quiere sacar lo que hay adentro, se sumerge en una caldera de agua hirviendo, se abre entonces la cáscara, y surge una criatura viva.

Los habitantes de la Luna tienen en cada mano solo un dedo, con el que hacen todo mejor que nosotros con los cinco. Llevan la cabeza debajo del brazo derecho y cuando van de viaje o tienen que ejecutar un trabajo que tiene mucho movimiento, suelen dejarla en casa. De esa manera, pueden pedirle consejo a cualquier distancia. O al revés, cuando las autoridades quieren descubrir qué hacen las otras personas del pueblo, dejan el cuerpo en casa y viajan con la cabeza para relevar las noticias. Una vez que logran averiguar lo que querían saber, vuelven a su cuerpo.

Las pepitas de la uva lunar tienen un gran parecido a nuestro granizo. Estoy firmemente convencido de

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

que cuando hay una tempestad en la Luna que desgrana los racimos de uva, caen las pepitas en nuestro plantea formando lo que llamamos piedras o pedriscos. Hasta estoy tentado de pensar que esta observación puede ser conocida ya por los cosechadores de los viñedos. En muchas ocasiones el vino me ha parecido hecho con granizo y el vino de la Luna me recordaba a su sabor.

Estaba a punto de olvidar un detalle de los más interesantes. Los habitantes de la Luna usan sus panzas como nosotros usamos las bolsas. Echan en ellas todo lo que pudieran necesitar. Las cierran y abren cuando quieren, porque allí no tienen órganos, ni hígado, ni entrañas, ni corazón. También pueden ponerse y quitarse los ojos en cualquier momento. En cada esquina de la Luna se puede encontrar negocios que venden ojos de los más variados colores.

Me hago cargo, señores y señoras, de que todo esto puede parecer extraño. Pero les pido a quienes dudan de la veracidad de mis palabras, que pasen por la Luna a comprobar los hechos, y así se convencerán de que he respetado la verdad tanto como cualquier otro viajero.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

De la Tierra a la Luna

Resumen de los capítulos anteriores

En su nave con forma de bala, llamada Columbiad*, los tripulantes: Michel Ardan, Impey Barbicane y Nicholl se disponen a ser lanzados hacia la Luna. El proyectil fue construido por el Gun-Club, una asociación de armas y cañones que había quedado sin tareas después del fin de la guerra entre el norte y el sur de Estados Unidos. Desde un lugar de la península de Florida*[1]*, sale la nave y también los sigue con variados instrumentos su amigo J. T. Maston en el observatorio de Long's Peak. Después de muchos preparativos, en estos tres capítulos finales de la novela de Julio Verne se cuenta cómo se logra esta hazaña extraordinaria.*

Capítulo 26. ¡Fuego!

El día tan esperado había llegado. Era el primero de diciembre y si el proyectil no se lanzaba a las diez horas, cuarenta y seis minutos con cuarenta segundos de esa noche, tendrían que esperar dieciocho años para que la Luna volviera a encontrarse en las condiciones perfectas de órbita. A lo largo del día, las praderas de Stone's Hill, Florida, se fueron llenando de una multitud deseosa de ver el lanzamiento histórico. Representantes de todas partes del mundo, hablando decenas de

1 *Casualmente Julio Verne situa el lugar de lanzamiento del cohete muy cerca de Cabo Cañaveral, de donde se lanzo en 1969 el Apolo 11 que realmente llego a la Luna.*

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

idiomas, compartían la expectativa y ansiedad que recorría el ambiente.

Entre la muchedumbre, un hombre destacaba por su tranquilidad: Michel Ardan. El intrépido francés caminaba despreocupadamente, su habitual buen humor intacto. Mientras tanto, Impey Barbicane, el presidente del Gun-Club, estaba ocupado en los últimos preparativos, organizando el lanzamiento con su característica frialdad y precisión. Nicholl, el tercer miembro del equipo, permanecía en silencio, serio y concentrado, como si cada segundo anterior al despegue fuera crucial para el éxito de la misión.

El clima era perfecto. Aunque el invierno se acercaba, el Sol brillaba con intensidad, iluminando la Tierra, el hogar que tres valientes estaban a punto de abandonar en busca de un nuevo mundo. En la víspera del gran evento, muchos no lograron dormir, asfixiados por la ansiedad de lo que estaba por suceder. Todos los corazones latían con nerviosismo, excepto el de Michel Ardan. Este intrépido personaje, en su habitual estado de calma, caminaba de un lado a otro sin mostrar la más mínima preocupación. Ardan había dormido profundamente, con la tranquilidad de un guerrero antes de la batalla.

Al amanecer, una multitud interminable cubría las llanuras de Stone's Hill. Cada quince minutos, trenes provenientes de Tampa descargaban más y más curiosos. La afluencia de gente fue tal que se estima que cinco millones de personas se congregaron en el lugar, según el *Tampa Town Observer*. Desde hacía un mes, la multitud había ido acampando alrededor del sitio, construyendo

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

una ciudad temporal que más tarde sería conocida como *Ardan's Town*. El paisaje estaba lleno de barracas, tiendas y cabañas, formando una especie de Babel moderna, donde se hablaban todas las lenguas del mundo. Allí se mezclaban personas de todas las clases sociales de América: banqueros, marineros, comerciantes, granjeros y aristócratas. No había diferencia alguna entre ellos, y todos compartían la misma emoción por el inminente evento.

A la hora del almuerzo, la multitud se lanzaba sobre los platos típicos del sur, consumiendo con avidez manjares que harían temblar a los europeos, como guiso de ranas, monos estofados o carne de oso a la parrilla. Para acompañar, había una inmensa variedad de bebidas, y el ruido de la multitud era incesante.

Sin embargo, ese día el bullicio fue reemplazado por el silencio total. La expectativa por el lanzamiento era enorme y la ansiedad generalizada lo eclipsaba todo. Un sentimiento de malestar flotaba en el aire, como si todos desearan que el gran momento hubiera pasado ya.

Pero a las siete de la tarde, el silencio se rompió de repente: la Luna apareció en el horizonte. Fue recibida con una estruendosa ovación, como si fuera un personaje más en la escena. Todos los ojos se volvieron hacia ella, que resplandecía en el cielo como una señal de que todo estaba en su lugar.

A las diez de la noche, con la Luna brillando en el horizonte, los tres intrépidos viajeros se dirigieron al proyectil. La multitud los recibió con vítores ensordecedores llenando el aire con una energía electrizante.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Barbicane, Nicholl y Ardan entraron en el proyectil y sellaron la tapa tras ellos con firmeza.

Dentro del *Columbiad*, los viajeros podían seguir cada segundo que faltaba para el despegue gracias al cronómetro que Barbicane había sincronizado con el reloj del ingeniero Murchison, encargado de activar la chispa eléctrica que encendería la pólvora. Afuera, la multitud observaba en un silencio absoluto.

Nicholl, Barbicane y Michel Ardan se hallaban definitivamente encerrados en su vagón de metal. ¿Quién sería capaz de pintar la ansiedad universal, llegada entonces a su punto más alto?

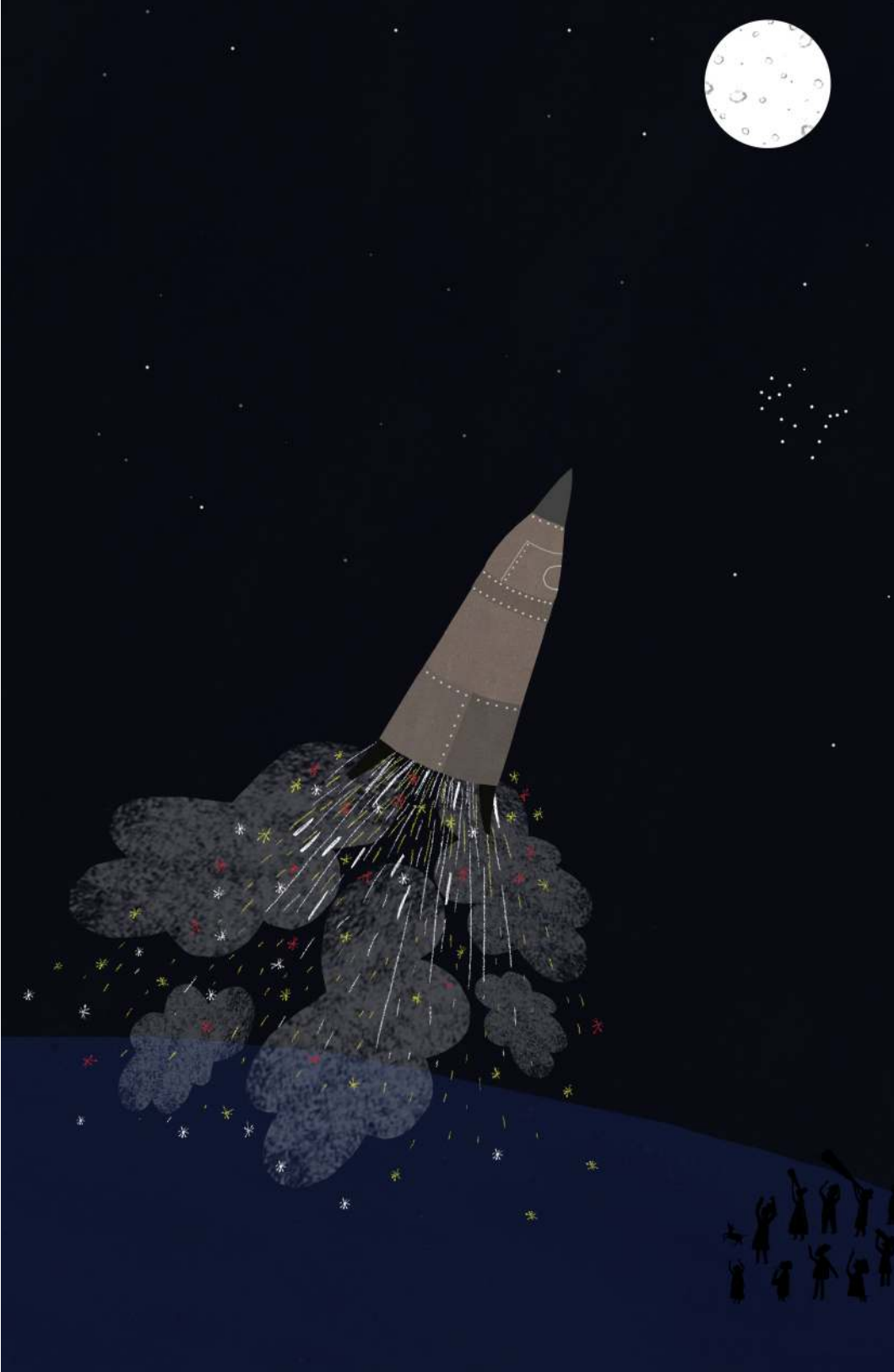
La Luna avanzaba en el firmamento, apagando al pasar el centelleo de las estrellas. Recorría entonces la constelación de Géminis, y se hallaba casi a la mitad del camino entre el horizonte y el cenit. No había, pues, quien no pudiese comprender fácilmente que se apuntaba delante del objeto como apunta el cazador delante de la liebre que quiere matar y no a la liebre misma.

Un silencio imponente y aterrador pesaba sobre toda la escena. ¡Ni un soplo de viento en la Tierra! ¡Ni un soplo en los pechos! Los corazones no se atrevían a palpitar. Todas las miradas convergían azoradas en la boca del *Columbiad*.

Murchison seguía con la vista la manecilla de su cronómetro. Apenas faltaban cuarenta segundos para el momento de la partida, y cada uno de ellos duraba un siglo.

Hubo al vigésimo un estremecimiento universal, y no hubo uno solo en la multitud que no pensase que los audaces viajeros encerrados en el proyectil

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



contaban también aquellos terribles segundos. Se escaparon gritos aislados.

Finalmente, Murchison inició el conteo final:

—¡Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve... cuarenta! ¡Fuego!

El estruendo fue indescriptible. Una explosión colosal sacudió la tierra y un haz de fuego surgió del *Columbiad*. El proyectil ascendió con una velocidad impresionante, perdiéndose en el cielo nocturno en cuestión de segundos. Nadie fue capaz de seguir su rastro por más de un instante; el humo y los vapores inflamados lo ocultaron rápidamente de la vista.

Capítulo 27. Tiempo nublado

Apenas la luz incandescente se elevó, una enorme llama iluminó toda Florida. Por un breve pero intenso momento, el día reemplazó a la noche en una vasta extensión de territorio. El gigantesco penacho de fuego fue visible hasta ciento sesenta kilómetros de distancia, tanto en el Golfo de México como en el Atlántico, y varios capitanes anotaron en sus diarios la aparición de ese inmenso meteoro en el cielo.

La detonación del *Columbiad* vino acompañada de un auténtico terremoto. Toda Florida sintió la sacudida en sus profundidades. Los gases liberados por la pólvora, expandiéndose debido al calor, empujaron violentamente las capas atmosféricas, creando una especie de huracán artificial, cien veces más rápido que las tormentas naturales, que arrasó el aire como una tromba. Nadie pudo mantenerse en pie. Hombres, mujeres y

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



niños fueron derribados como espigas azotadas por el viento. El caos fue enorme, y muchas personas se lastimaron al caer. J.T. Maston, que había cometido la imprudencia de acercarse demasiado, fue lanzado a más de cuarenta metros de distancia, volando por encima de las cabezas de la multitud como si fuera una bala. Trescientas mil personas quedaron temporalmente sordas y aturdidas por el estruendo.

El impacto de la onda expansiva fue devastador. La corriente atmosférica derribó barracas, destrozó chozas y arrancó árboles en un radio de treinta y dos kilómetros. Incluso los trenes fueron arrancados de sus vías y lanzados hasta la ciudad de Tampa, donde la onda de choque arrasó con todo a su paso. Cien edificios fueron destruidos, entre ellos la iglesia de Santa María y el nuevo palacio de la Bolsa, que se agrietó de lado a lado. En el puerto, varios barcos colisionaron entre sí y se hundieron, mientras que diez embarcaciones, que habían estado ancladas, rompieron sus cadenas y fueron arrojadas contra la costa, como si sus amarres fueran hebras de algodón.

Pero los efectos de la explosión no se limitaron a Florida. La onda expansiva se extendió más allá de los Estados Unidos. Gracias a los vientos del oeste, la repercusión llegó al Atlántico, a más de cuatrocientos ochenta kilómetros de las costas americanas. Allí, una tempestad inesperada, que ni el experimentado almirante Fitz Roy pudo prever, dispersó su escuadra. Muchos barcos fueron atrapados en terribles torbellinos, y antes de que sus tripulaciones tuvieran tiempo de reaccionar, algunos de ellos zozobraron. Entre estos barcos

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

estaba el *Child Herald*, de Liverpool, cuya pérdida provocó un gran revuelo en la prensa británica.

Por último, y aunque el hecho no cuenta con más respaldo que el testimonio de algunos indígenas, se dice que media hora después del lanzamiento los habitantes de Guinea y Sierra Leona sintieron una leve vibración, la última onda de sonido que, tras cruzar el Atlántico, fue a morir en las costas africanas.

A pesar del caos, la multitud no tardó en levantarse para aplaudir y vitorear el despegue. Todos buscaban el proyectil en el cielo, armados con telescopios, pero no lograban distinguirlo. Para su desgracia, un fenómeno imprevisto comenzó a complicar las cosas. La poderosa explosión había alterado la atmósfera, generando densas nubes que cubrieron todo el cielo. El clima, que había sido perfecto hasta ese momento, cambió de repente, impidiendo cualquier observación clara de la Luna o del proyectil.

Durante los días siguientes, la impaciencia fue en aumento. Sin embargo, si el resultado del experimento había sido el que se esperaba, los viajeros que partieron el primero de diciembre a las diez horas y cuarenta minutos de la noche debían llegar a la Luna el día cuatro a medianoche. Hasta entonces era, pues, preciso tener paciencia sin alborotar demasiado, haciéndose todos cargo de que era muy difícil, no siendo en condiciones muy favorables, observar un cuerpo tan pequeño como el proyectil.

El cuatro de diciembre, desde las ocho de la tarde hasta medianoche, hubiera sido posible seguir el curso del proyectil, el cual habría aparecido como un

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

punto en el plateado disco de la Luna. Sin embargo, las nubes persistieron, ocultando el satélite de la vista de todos. J.T. Maston, que permanecía en el observatorio de Long's Peak, se desesperaba al no poder ver nada.

—¡Sé que están ahí! Solo tenemos que esperar a que estas malditas nubes se disipen —decía Maston con una mezcla de frustración y esperanza.

La impaciencia del público aumentaba. El clima se negaba a mejorar, y la expectación se convirtió en ansiedad. Parecía que la naturaleza misma conspiraba para frustrar la observación del evento más importante de la historia. El tiempo pasaba y, con cada día que transcurría, la Luna se alejaba más de su posición ideal en el cielo.

El día cinco continuó con el mismo clima adverso. Los grandes telescopios de Europa, como los de Herschel, Rosse y Fousseaul, estaban apuntados hacia la Luna, pues el tiempo era espléndido en el Viejo Mundo. Sin embargo, la limitada capacidad de esos instrumentos hacía que las observaciones fueran inútiles.

El día seis, las condiciones no mejoraron. La impaciencia asediaba a tres cuartas partes del globo. Algunos llegaron a proponer métodos insensatos para intentar disipar las nubes que se acumulaban en el cielo, como si eso pudiera alterar la voluntad de la naturaleza. El día siete el cielo mostró una leve mejoría, lo que despertó la esperanza, pero fue efímera; durante la noche, gruesas nubes volvieron a cubrir la bóveda estrellada, impidiendo cualquier observación.

La situación se tornaba más preocupante. El día once a las nueve y once de la mañana, la Luna entraría

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

en su último cuarto y comenzaría a decrecer, lo que significaba que, incluso si el tiempo se despejaba, la posibilidad de observarla sería casi nula. En las siguientes noches, el satélite mostraría solo un pequeño arco de su disco, hasta desaparecer como Luna nueva, es decir, ocultándose y saliendo junto al Sol, cuya luz la volvería completamente invisible. Esto obligaría a esperar hasta el tres de enero, a las doce y cuarenta y uno del día, para volver a ver la Luna llena y reanudar las observaciones.

Los periódicos publicaban reflexiones y comentarios sobre la situación, instando al público a tener paciencia. El día ocho no trajo novedades. El nueve el Sol hizo una breve aparición, como si quisiera burlarse de los americanos, quienes lo recibieron con una estruendosa silbatina. El Sol, herido en su orgullo por tal recepción, se mostró reacio a dejar escapar sus rayos.

El día diez continuó sin cambios significativos. La frustración acumulada estaba a punto de hacer que J.T. Maston perdiera la cordura, lo que generaba serias preocupaciones sobre su estado mental, que hasta entonces había permanecido imperturbable como una roca.

Sin embargo, el día once se desató una de esas terribles tempestades típicas de las regiones intertropicales. Fuertes vientos del este barrieron las nubes, que habían permanecido durante días, y por la noche el disco rojizo de la Luna se movió majestuosamente entre las limpias constelaciones del cielo, ofreciendo una vista espléndida a aquellos que la pudieran contemplar.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Capítulo 28. Un astro nuevo

Finalmente, el doce de diciembre la noticia tan esperada llegó. A pesar de las nubes persistentes, los astrónomos del observatorio de Long's Peak lograron ver el proyectil con la ayuda de su gigantesco reflector. La información fue transmitida rápidamente: el proyectil no había alcanzado la superficie de la Luna, pero había sido capturado por la atracción gravitatoria del satélite y ahora orbitaba alrededor de ella. El informe, redactado por J. Belfast, director del observatorio, detallaba la situación.

Long's Peak, 12 de diciembre.

A los señores miembros del observatorio de Cambridge:

El proyectil disparado por el Columbiad *de Stone's Hill ha sido percibido por los señores Belfast y J. T. Maston el 12 de diciembre, a las 8 horas 47 minutos de la noche, habiendo entrado la Luna en su último cuarto.*

El proyectil no ha llegado a su término. Ha pasado, sin embargo, bastante cerca de él para ser retenido por la atracción lunar.

Allí, su movimiento rectilíneo se ha convertido en un movimiento circular de una rapidez vertiginosa, y ha sido arrastrado siguiendo una órbita elíptica alrededor de la Luna, de la cual ha pasado a ser un verdadero satélite.

Los elementos de este nuevo astro no han podido aún determinarse. No se conoce su velocidad

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



de traslación ni su velocidad de rotación. Puede calcularse en 4.560 kilómetros, aproximadamente, la distancia que lo separa de la superficie de la Luna.

En la actualidad se pueden establecer dos hipótesis, y según cuál sea la que corresponde al hecho, modificar de distinta manera el estado de cosas.

O la atracción de la Luna prevalecerá sobre todas las fuerzas y arrastrará el proyectil, en cuyo caso los viajeros llegarán al término de su viaje.

O, conservándose el proyectil en una órbita inmutable, gravitará alrededor del disco lunar hasta la consumación de los siglos.

He aquí lo que las observaciones nos dirán un día u otro, pero por ahora el único resultado de la tentativa del Gun-Club ha sido dotar a nuestro Sistema Solar de un astro nuevo.

J. BELFAST.

El proyectil, atrapado en la órbita lunar, seguía su curso, añadiendo un nuevo astro al Sistema Solar y dejando abierta la gran pregunta: ¿era posible auxiliar a aquellos heroicos viajeros que se habían lanzado más allá de los límites de la humanidad?

La respuesta era clara: no, no había forma. Ellos habían cruzado el umbral que separa a las criaturas terrestres de lo desconocido, el espacio infinito. Si bien tenían aire para dos meses y víveres para un año, una pregunta aterradora permanecía: ¿qué sería de ellos después de ese tiempo? Incluso los corazones más

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

duros se estremecían ante esta incertidumbre.

Pero había una persona que se negaba a aceptar que la situación fuera desesperada. Ese hombre era J.T. Maston, su amigo fiel, audaz y decidido. Maston se instaló en Long's Peak, haciendo del inmenso telescopio su ventana constante hacia el cielo. Día y noche observaba pacientemente el paso del proyectil alrededor de la Luna, convencido de que sus amigos seguían allí, vivos y luchando. Maston no perdía la esperanza.

—Me comunicaré con ellos —decía a cualquiera que lo escuchara—. Cuando sea posible, tendremos noticias. Los conozco, son hombres de gran temple. Llevan consigo el ingenio de la ciencia y el arte, y con eso se puede hacer cualquier cosa. Estoy seguro de que encontrarán una solución a su situación.

Así, con una confianza inquebrantable, Maston mantenía su vigilancia, seguro de que no era el final para sus compañeros.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.


Buenos
Aires
Ciudad